

DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO



JOHN REED

**IZQUIERDA
revolucionaria**



PREFACIO DE LENIN

A la edición norteamericana

Después de haber leído, con inmenso interés e inalterable atención hasta el fin, el libro de John Reed, **DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO**, desde el fondo de mi corazón lo recomiendo a los obreros de todos los países. Quisiera que este libro fuese distribuido por millones de ejemplares y traducido a todas las lenguas, ya que ofrece un cuadro exacto y extraordinariamente útil de los acontecimientos que tan grande importancia tienen para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado. Estas cuestiones son hoy objeto de discusión general; pero, antes de aceptar o rechazar las ideas que encarnan, es indispensable comprender toda la significación del partido que con relación a ellas se tome. El libro de John Reed, sin duda alguna, ayudará a esclarecer este fundamental problema del movimiento obrero universal.

V. I. LENIN

Finales de 1919

PREFACIO DE N. KRUPSKAYA

A la primera edición rusa

DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO es el título que John Reed ha dado a su asombrosa obra. Este libro describe, con una intensidad y un vigor extraordinarios, los primeros días de la Revolución de Octubre. No se trata de una simple enumeración de hechos, ni de una colección de documentos, sino de una serie de escenas vividas y a tal punto típicas, que no pueden por menos de evocar, en el espíritu de los que fueron testigos de la revolución, episodios análogos a los que ellos presenciaron. Todos estos cuadros, tomados directamente de la realidad, traducen de manera insuperable el sentimiento de las masas y permiten así captar el verdadero sentido de los diferentes actos de la gran revolución.

Se antoja extraño, a primera vista, que este libro lo haya escrito un extranjero, un americano que ignora la lengua del país y sus costumbres. Al parecer, tendría que haber caído, a cada paso, en los errores más ridículos y omitido factores esenciales.

No suelen escribir así los extranjeros sobre la Rusia soviética. O no entienden los acontecimientos, o generalizan los hechos aislados, que no siempre son típicos. Verdad es que casi ninguno fue testigo personal de la revolución.

John Reed no fue un observador indiferente. Revolucionario apasionado, comunista, comprendía el sentido de los acontecimientos, el sentido de la gigantesca lucha. De ahí esa agudeza de visión, singla cual no habría podido escribir un libro semejante.

Tampoco los rusos hablan de otro modo de la Revolución de Octubre: o bien formulan un juicio general, o bien se limitan a describir los episodios de que fueron testigos. El libro de John Reed ofrece un cuadro de conjunto de la insurrección de las masas populares tal como realmente se produjo, y por ello tendrá una importancia muy particular para la juventud, para las generaciones futuras, para aquellos a cuyos ojos la Revolución de Octubre será ya historia. En su género, el libro de John Rced es una epopeya.

Johit Rced está inseparablemente unido a la revolución rusa. Amaba la Rusia soviética y se sentía cerca de ella. Abatido por el tifus reposa al pie de la muralla roja del Kremlin. Quien ha descrito los funerales de las víctimas de la revolución como lo hizo John Reed, merece tal honor.

N. KRUPSKAYA

PREFACIO DEL AUTOR

Este libro es un trozo de historia, de historia tal como yo la he visto. Sólo pretende ser un relato detallado de la Revolución de Octubre, es decir, de aquellas jornadas en que los bolcheviques, a la cabeza de los obreros y soldados de Rusia, se apoderaron del poder del Estado y lo pusieron en manos de los Soviets.

Se refiere, sobre todo, a Petrogrado, que fue el centro, el corazón mismo de la insurrección. Pero el lector debe tener en cuenta que todo lo que acaeció en Petrogrado se repitió, casi exactamente, con una intensidad más o menos grande y a intervalos más o menos largos, en toda Rusia.

En este volumen, que es el primero de una serie en la que trabajo actualmente, estoy obligado a limitarme a una crónica de los acontecimientos de que fui testigo y a los cuales me mezclé personalmente o conocí de fuente segura. El relato propiamente dicho va precedido de dos capítulos, donde expongo brevemente los orígenes y las causas de la Revolución de Octubre. Sé perfectamente que la lectura de estos dos capítulos es difícil, pero ambos son esenciales para comprender lo que sigue.

Buen número de preguntas se ofrecerá al espíritu del lector: ¿Qué es el bolchevismo? ¿En qué consiste la forma de gobierno implantada por los bolcheviques? ¿Por qué, estando los bolcheviques a favor de la Asamblea Constituyente, la disolvieron, enseguida, por la fuerza? ¿Y por qué la burguesía, hostil a dicha Asamblea hasta la aparición del peligro bolchevique, se entregó después a su defensa?

Estas preguntas no pueden tener aquí respuesta. En otro volumen, De Kornilov a Brest-Litovsk donde prosigo el relato de los acontecimientos hasta la paz con Alemania inclusive, describo el origen y el papel de las diversas organizaciones revolucionarias, la evolución del sentimiento popular, la disolución de la Asamblea Constituyente, la estructura del Estado soviético, el desarrollo y el fin de las negociaciones de Brest-Litovsk.

Al abordar el estudio de la sublevación bolchevique, es importante tener en cuenta que no fue el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, sino muchos meses antes, cuando se produjo la desorganización de la vida económica y del ejército rusos, término lógico de un proceso que se remontaba al año de 1915. Los reaccionarios sin escrúpulos que dominaban la corte del zar habían decidido, deliberadamente, el hundimiento de Rusia, a fin de poder concentrar una paz separada con Alemania. La falta de armas en el frente, que tuvo como consecuencia la gran retirada del verano de 1915; la escasez de víveres en los ejércitos y en las grandes ciudades, el cese de la producción y de los transportes en 1916, todo ello formaba parte de un gigantesco plan de sabotaje, que la revolución de febrero vino a contener a tiempo.

Durante los primeros meses del nuevo régimen, en efecto, a pesar de la confusión consiguiente a un gran movimiento revolucionario como el que acababa de liberar a un pueblo de 160 millones de hombres, el más oprimido del mundo entero, la situación interior, así como la potencia combativa de los ejércitos, mejoraron sensiblemente.

Pero esta "luna de miel" duró poco. Las clases poseedoras querían una revolución solamente política que, arrancando el poder al zar, se lo entregara a ellas. Querían hacer de Rusia una república constitucional a la manera de Francia o de los Estados Unidos, o incluso una monarquía constitucional como la de Inglaterra. Ahora bien, las masas populares querían una verdadera democracia obrera y campesina.

William English Walling, en su libro *El mensaje de Rusia*, consagrado a la revolución de 1905, describe perfectamente el estado de espíritu de los trabajadores rusos, que más tarde, casi unánimemente, habrían de apoyar al bolchevismo:

“Los trabajadores comprendían bien que, incluso bajo un gobierno liberal, se exponían a seguir muñéndose de hambre si el poder continuaba en manos de otras clases sociales.

El obrero ruso es revolucionario, pero no es violento ni dogmático ni falto de inteligencia. Se muestra presto al combate de barricadas, pero ha estudiado las reglas y, caso único entre los obreros del mundo entero, es en la práctica donde las ha aprendido. Está resuelto a llevar hasta el fin la lucha contra su opresor, la clase capitalista. No ignora que existen aún otras clases, pero exige que las mismas tomen claramente partido en el encarnizado conflicto que se aproxima.

Los trabajadores rusos reconocían que nuestras instituciones pero no se preocupaban mucho por cambiar un despotismo por otro (el de la clase capitalista)...

Si los obreros de Rusia se han hecho matar y han sido ejecutados por centenares en Moscú, en Riga, en Odesa; si millares de ellos han sido encerrados en los calabozos rusos y desterrados a los desiertos y las regiones árticas, no es para comprar los dudosos privilegios de los obreros de los Goldfields y de Cripple-Creek...”

Fue así cómo se desarrolló en Rusia, en el curso mismo de una guerra exterior e inmediatamente después de la revolución política, la revolución social, que terminó con el triunfo del bolchevismo.

Mr. A. J. Sack, director de la Oficina de Información rusa en los Estados Unidos y adversario del Gobierno soviético, se ha expresado, en su libro *El nacimiento de la democracia rusa*, de la manera siguiente:

“Los Bolcheviques constituyeron un gabinete con Lenin como presidente del Consejo y Trotzki como ministro de Asuntos Extranjeros. Poco

después de la revolución de febrero, su llegada al poder aparecía como inevitable. La historia de los bolcheviques, después de la revolución, es la historia de su ascensión constante”

Los extranjeros, los americanos particularmente, insisten, con frecuencia, sobre la ignorancia de los trabajadores rusos. Es cierto que éstos no poseían la experiencia política de los pueblos occidentales, pero estaban notablemente preparados en lo que concierne a la organización de las masas. En 1917, las cooperativas de consumo contaban, con más de 12 millones de afiliados. El mismo sistema de los Soviets es un admirable ejemplo de su genio organizador. Además, no hay probablemente en la tierra un pueblo que esté tan familiarizado con la teoría del socialismo y sus aplicaciones prácticas.

William English Walling escribe sobre el particular:

“Los trabajadores rusos, en su mayoría, saben leer y escribir. La revuelta situación en que se hallaba el país, de años atrás, le dio la ventaja de tener por guías, no sólo a los más inteligentes de entre ellos, sino a una gran parte de la clase culta, igualmente revolucionaría, que les aportó su ideal de regeneración política y social de Rusia...”

Muchos autores han justificado su hostilidad al Gobierno soviético pretextando que la última fase de la revolución no fue otra cosa que una lucha defensiva de los elementos civilizados de la sociedad contra la brutalidad de los ataques de los bolcheviques.

Ahora bien, fueron precisamente esos elementos, las clases poseedoras, quienes, viendo crecer el poderío de las organizaciones revolucionarias de la masa, decidieron destruirlas, costase lo que costase, y poner una barrera a la revolución. Dispuestos a alcanzar sus objetivos, recurrieron a maniobras desesperadas. Para derribar el ministerio Kerenski y aniquilar a los Soviets, desorganizaron los transportes y provocaron perturbaciones interiores; para reducir a los Comités de fábrica, cerraron las fábricas e hicieron desaparecer el combustible y las materias primas; para acabar con los Comités del ejército restablecieron la pena de muerte y trataron de provocar la derrota militar.

Esto era, evidentemente, arrojar aceite, y del mejor, al fuego bolchevique. Los bolcheviques respondieron predicando la guerra de clases y proclamando la supremacía de los Soviets.

Entre estos dos extremos, más o menos ardorosamente apoyados por grupos diversos, se encontraban los llamados socialistas "moderados", que incluían a los mencheviques, a los socialrevolucionarios y algunas fracciones de menor importancia. Todos estos partidos estaban igualmente expuestos a los ataques de las clases poseedoras, pero su fuerza de resistencia se hallaba quebrantada por sus mismas teorías.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios consideraban que Rusia no estaba madura para la revolución social y que sólo era posible una revolución política. Según ellos, las masas rusas carecían de la educación, necesaria para

tomar el poder; toda tentativa en este sentido no haría sino provocar una reacción, a favor de la cual un aventurero sin escrúpulos podría restaurar el antiguo régimen. Por consiguiente, cuando los socialistas "moderados" se vieran obligados por las circunstancias a tomar el poder, no osarían hacerlo.

Creían que Rusia debía recorrer las mismas etapas políticas y económicas que la Europa occidental, para llegar, al fin, y al mismo tiempo que el resto del mundo, al paraíso socialista. Asimismo, estaban de acuerdo con las clases poseedoras en hacer primero de Rusia un Estado parlamentario, aunque un poco más perfeccionado que las democracias occidentales, y, en consecuencia, insistían en la participación de las clases poseedoras en el gobierno. De ahí a practicar una política de colaboración no había más que un paso. Los socialistas "moderados" necesitaban de la burguesía; pero la burguesía no necesitaba de los socialistas "moderados". Los ministros socialistas se vieron obligados a ir cediendo, poco a poco, la totalidad de su programa, a medida que las clases poseedoras se mostraban lo más apremiantes.

Y finalmente, cuando los bolcheviques echaron abajo todo ese hueco edificio de compromisos, mencheviques y socialrevolucionarios se encontraron en la lucha al lado de las clases poseedoras. En todos los países del mundo, sobre poco más o menos, vemos producirse hoy el mismo fenómeno.

Lejos de ser una fuerza destructiva, me parece que los bolcheviques eran en Rusia el único partido con un programa constructivo y capaz de imponer ese programa al país. Si no hubiesen triunfado en el momento que lo hicieron, no hay apenas duda para mí de los que los ejércitos de la Alemania imperial habrían entrado en Petrogrado y Moscú en diciembre, y de que un zar cabalgaría hoy de nuevo sobre Rusia.

Aún está de moda, después de un año de existencia del régimen soviético, hablar de la revolución bolchevique como de una "aventura". Pues bien, si es necesario hablar de aventura, ésta fue una de las más maravillosas en que se ha empeñado la humanidad, la que abrió a las masas laboriosas el terreno de la historia e hizo depender todo, en adelante, de sus vastas y naturales aspiraciones. Pero añadamos que, antes de noviembre, estaba preparado el aparato mediante el cual podrían ser distribuidas a los campesinos las tierras de los grandes terratenientes; que estaban constituidos también los Comités de fábrica y los sindicatos, que habrían de realizar el control obrero de la industria, y que cada ciudad y cada aldea, cada distrito, cada provincia, tenían sus Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos, dispuestos a asegurar la administración local.

Independientemente de lo que se piense sobre el bolchevismo, es innegable que la revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos de la historia de la humanidad, y la llegada de los bolcheviques al poder, un hecho de importancia mundial. Así como los historiadores se interesan por reconstruir, en sus menores detalles, la historia de la Comuna de París, del mismo modo desearán conocer lo que sucedió en Petrogrado en noviembre de 1917, el

estado de espíritu del pueblo, la fisonomía de sus jefes, sus palabras, sus actos. Pensando en ellos, he escrito yo este libro.

Durante la lucha, mis simpatías no eran neutrales. Pero, al trazar la historia de estas grandes jornadas, he procurado estudiar los acontecimientos como un cronista concienzudo, que se esfuerza por reflejar la verdad.

J. R.

Nueva York, 1 de enero de 1919.

NOTAS PRELIMINARES

Para el lector medio, la diversidad de las organizaciones rusas -partidos políticos, comités y comités centrales, Soviets, dumas, sindicatos y uniones- resulta en extremo dificultosa. Comenzaré pues, por ofrecer unas breves definiciones y aclaraciones.

PARTIDOS POLÍTICOS

En las elecciones a la Asamblea Constituyente participaron en Petrogrado diecinueve listas, y este número alcanzó, en ciertas ciudades de provincia, hasta cuarenta. Pero, en esta rápida exposición de los fines y de la composición de los partidos políticos, no se han tenido en cuenta sino los mencionados a lo largo de la obra. No es posible dar aquí más que una característica general de cada uno de ellos, indicando lo esencial de sus programas.

1° Monárquicos (de diversos matices, octubristas, e tc.)

Estas fracciones, antes poderosas, no existían ya abiertamente: o bien continuaban trabajando en la sombra, o bien sus miembros se habían unido a los kadetes, que cada vez se aproximaban más al programa monárquico. Están representados en este libro por Rodzianko y Chulguin.

2° Cadetes

Se les denominaba así, de acuerdo con las iniciales del nombre del Partido Demócrata Constitucional (K.D. en ruso). Su nombre oficial era "Partido de la libertad del pueblo". Integrado bajo el zarismo por liberales pertenecientes a las clases poseedoras, era el gran partido de la reforma política, correspondiente, sobre poco más o menos, al Partido progresista de Norteamérica. Cuando en marzo de 1917 estalló la revolución, fueron los kadetes los que formaron el primer gobierno provisional. En abril fue derribado el ministerio kadete por haberse declarado favorable a los fines imperialistas de los Aliados, incluso a los del Gobierno zarista. A medida que se afirmaba el carácter social y económico de la revolución, los kadetes se hicieron más conservadores. Están representados en este libro por Miliukov, Vinaver y Chastki. Grupo de los hombres influyentes.-Habiéndose hecho impopulares los kadetes por sus nexos con el movimiento contrarrevolucionario de Kornilov, se constituyó en Moscú el grupo de los "hombres influyentes". Algunos miembros de este grupo recibieron carteras en el último gabinete de Kerenski. El grupo se declaraba sin partido, aunque hombres como Rodzianko y Chulguin fuesen sus guías intelectuales. Estaba compuesto por los banqueros, negociantes e industriales más "modernos", bastante inteligentes para comprender que a los Soviets había que batirlos con sus propias armas, es decir, por medio de la organización económica. Representantes típicos: Lianozov y Konovalov.

3° Socialistas populares o trudoviques, laboristas (Partido del Trabajo)

Partido numéricamente débil, compuesto por intelectuales prudentes, jefes de las sociedades cooperativas y campesinos conservadores. A pesar de llamarse socialistas, los trudoviques defendían, en realidad, los intereses de la pequeña burguesía: empleados, pequeños comerciantes, etc. Eran los herederos directos de la tradición conciliadora del Partido del Trabajo de la IV Duma imperial, formada, en gran parte, por delegados campesinos. Kerenski era el líder de los trudoviques en la Duma imperial cuando estalló la revolución de febrero de 1917. Los socialistas populares eran un partido nacionalista. En este libro, están representados por Piechejonov y Tchaikovski.

4º Partido Obrero Socialdemócrata ruso

En sus orígenes, socialistas marxistas. En el Congreso de 1903, el partido se dividió, en torno a los problemas de táctica, en dos fracciones: la mayoría (bolshinstvo) y la minoría (menshinsvo). De ahí vienen los nombres de bolcheviques y mencheviques, "miembros de la mayoría" y "miembros de la minoría". Estas dos alas se convirtieron en dos partidos distintos, y ambos se daban el nombre de "Partido obrero socialdemócrata ruso" y se consideraban marxistas. Desde 1905, a pesar de hallarse en minoría, los bolcheviques conservaron su nombre, y hasta septiembre de 1917 no reconquistaron la mayoría.

a) *Mencheviques*.- Este partido está compuesto por socialistas de todos los matices, convencidos de que la sociedad debe progresar hacia el socialismo por evolución natural, y de que los trabajadores han de comenzar por conquistar el poder político. Es un partido nacionalista y el partido de los intelectuales socialistas, y, como la 20 educación se halla totalmente en manos de las clases poseedoras, los intelectuales obedientes ala formación que han recibido, abrazan, naturalmente, la defensa de estas clases. Representantes: Dan, Lieber y Tseretelli.

b) *Mencheviques internacionalistas*.- Ala izquierda de los mencheviques. Internacionalistas, contrarios a toda coalición con las clases poseedoras, pero sin querer romper con los mencheviques conservadores. Se oponían a la dictadura del proletariado, preconizada por los bolcheviques. Trotsky fue, durante mucho tiempo, miembro de este grupo. Entre sus jefes: Martov y Martynov.

c) *Bolcheviques*.- Se dieron el nombre de Partido Comunista para subrayar su ruptura completa con la tradición del socialismo "moderado" o "parlamentario", que continúa dominando entre los mencheviques y los "socialistas mayoritarios" de todos los países. Los bolcheviques preconizaban la insurrección proletaria inmediata y la toma del poder del Estado para apresurar la realización del socialismo, que exige la posesión de las industrias, de la tierra, de las riquezas naturales y de las instituciones financieras. Este partido representa esencialmente a los obreros de las fábricas, pero también a una fracción importante de los campesinos pobres. La palabra "bolchevique" no debe traducirse por "maximalista": los máximalistas forman un grupo aparte (véase apartado 5º b).

d) *Socialdemócratas internacionalistas unificados*.- Denominados también "Grupo de la Nueva Vida", por el nombre del diario Novata Jizn ("Nueva Vida"), muy influyente, que era su órgano. Pequeño grupo de intelectuales, con algunos obreros solamente, entre ellos, los partidarios personales de Gorki, jefe del partido. Tenían estos intelectuales casi el mismo programa que los mencheviques internacionalistas, salvo que rehusaban siempre aliarse con ninguna de las dos grandes fracciones. A pesar de combatir la táctica de los bolcheviques, formaron parte del Gobierno de los Soviets. Están representados en este libro por Avilov y Kramarov.

e) *Ledinstvo*.- Pequeño grupo muy reducido y en vías de desaparecer, compuesto casi totalmente por los discípulos personales de Plejanov, uno de los pioneros del movimiento socialdemócrata ruso en los años 80 y su teórico más destacado. Anciano ya, Plejanov era extremadamente patriota y bastante conservador, incluso para los mencheviques. Después de la revolución bolchevique, el grupo Ledinstvo se hundió.

5º Partido socialrevolucionario

A sus miembros se les llama corrientemente los "S.R.", según las iniciales del nombre del partido. En su origen, partido revolucionario campesino y partido de las organizaciones de combate, es decir, de los terroristas. Después de la revolución de febrero, afluyeron a él numerosos contingentes de afiliados, muchos de los cuales no habían sido antes socialistas. Por esta época, los S.R. reclamaban la supresión de la propiedad privada de la tierra, pero mediante indemnización a sus propietarios. El desarrollo del espíritu revolucionario entre los campesinos obligó pronto a abandonar esta cláusula de la indemnización, y los intelectuales más jóvenes y más combativos rompieron con el partido para formar otro nuevo, denominado "socialrevolucionario de izquierda". Los S.R., llamados en adelante por las agrupaciones de izquierda "socialrevolucionarios de derecha", adoptaron la actitud política de los mencheviques y trabajaron de acuerdo con ellos. Acabaron por representar a los campesinos acomodados, los intelectuales y las poblaciones sin educación política de los distritos rurales alejados. Había, sin embargo, mayor variedad de matices en sus opiniones políticas y económicas que entre los mencheviques. Sus jefes están representados en este libro por Avxentiev, Gotz, Kerenski, Chernov y Breshkovskaia, apodada "la Abuela".

a) *Socialrevolucionarios de izquierda*.- Aunque compartieran en teoría el programa de dictadura proletaria de los bolcheviques, al principio estaban poco inclinados a adoptar la táctica implacable de éstos. Sin embargo, permanecieron en el Gobierno soviético y aceptaron algunas carteras, especialmente la de Agricultura. Se retiraron muchas veces del gobierno, pero siempre volvían a él. Los campesinos, que desertaban cada vez más de las filas de los S.R., iban a engrosar el partido socialrevolucionario de izquierda, que se convirtió así en el gran partido campesino, favorable al Gobierno de los Soviets, a la confiscación sin indemnización de las grandes fincas y a un nuevo reparto efectuado por los campesinos mismos. Jefes: Spiridonova, Karelin, Kamkov y Kalagaiev.

b) *Maximalistas*.- Excrecencia del partido S.R. cuando éste, en la época de la revolución de 1905, era el alma de un poderoso movimiento campesino y reclamaba la aplicación inmediata del programa socialista máximo. Después, grupo insignificante de campesinos anarquistas.

PROCEDIMIENTO PARLAMENTARIO

Las asambleas y congresos se organizan en Rusia a la manera europea más bien que a la nuestra. La primera tarea es elegir un presidente, un secretario y un Presidium.

El Presidium es un comité de dirección, compuesto por delegados de los diversos grupos de la asamblea, en número proporcional a la importancia de cada uno de ellos. El Presidium fija el orden del día, y el presidente puede recurrir a los diferentes miembros del mismo para que presidan y dirijan provisionalmente los debates.

Cada cuestión se enuncia primero de manera general y, luego se pone a discusión; al final del debate, cada una de las fracciones propone las resoluciones correspondientes y se vota separadamente por cada una de ellas. Puede ocurrir, y este caso es el más corriente, que el orden del día se altere desde la primera media hora. Bajo el pretexto de "cuestión de orden", admitido casi siempre por la asamblea, cualquiera puede levantarse y decir no importa qué sobre éste o el otro asunto.

Son los diputados mismos quienes vigilan el desarrollo de la reunión, y las funciones del presidente se reducen, prácticamente, a agitar la campanilla para mantener el orden y a conceder la palabra a los oradores.

Casi todo el trabajo efectivo se hace en las reuniones preparatorias de las diversas fracciones, las cuales tienen la costumbre de votar en bloque por medio de un delegado. Por esto, cada vez que se formula una cuestión importante sobre la cual hay que votar, la asamblea interrumpe sus sesiones para que las fracciones puedan reunirse. La multitud, es extremadamente ruidosa: aclama o increpa a los oradores, y hace caso omiso de las previsiones del Presidium. Los gritos que con más frecuencia se escuchan son: *Prosim!* (¡Por favor!), *Pravilno!* (¡Justo!), *Eto vierno!* (¡Cierto!), *Dovolno!* (¡Basta!), *Doloi!* (¡Fuera!), *Pozor!* (¡Qué vergüenza!) y *Tije!* (¡Silencio!).

ORGANIZACIONES PRINCIPALES

1º Soviets

La palabra "Soviet" significa "Consejo". Bajo el zarismo, el Consejo Imperial de Estado se llamaba "Gosudarstvenny Soviet". Pero desde la revolución, el término "Soviet" se ha empleado para designar las asambleas de un tipo

especial, elegidas por las organizaciones económicas obreras, los Soviets de Diputados obreros, campesinos y soldados. Por esta razón, he limitado el empleo de la palabra "Soviet" a estas últimas, traduciéndola en los demás cargos por la palabra "Consejo".

Además de los Soviets locales de cada ciudad y aldea y de los Soviets de barriada (rayón) de las grandes ciudades, existen los Soviets regionales (oblastnye) y provinciales (gubernskje), y con residencia en la capital, un Comité Central Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia, denominado Tsik, de acuerdo con las iniciales de su nombre (ver más adelante Comités Centrales). En casi todas partes, los Soviets de diputados obreros y los de diputados soldados se fusionaron poco después de la revolución de febrero. Sin embargo, continuaron reuniéndose por separado para las cuestiones de orden particular. Los Soviets de diputados campesinos no se reunieron a ellos hasta después de la revolución bolchevique. Los campesinos estaban organizados de la misma manera que los obreros y los soldados y tenían, igualmente, en la capital, su "Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos de toda Rusia".

2º Sindicatos

A pesar de su nombre, estas organizaciones agrupaban casi siempre a todos los obreros de una misma industria, y no a los de un mismo oficio. En la época de la Revolución de Octubre, contaban de tres a cuatro millones de miembros. Estaban agrupadas en una central de toda Rusia, una Federación Rusa del Trabajo, que tenía su Comité Central Ejecutivo en la capital.

3º Comités de fábrica

Organizaciones creadas espontáneamente por los obreros en las fábricas mismas, con el fin de aprovecharse de la desorganización administrativa que había seguido a la revolución y controlar la industria. Tenían como misión apoderarse de las fábricas por la acción revolucionaria y asegurar su funcionamiento. Los Comités de fábrica tenían también su organización para toda Rusia, con un Comité Central en Petrogrado, que cooperaba con los sindicatos.

4º Dumas

La palabra "Duma" quiere decir, aproximadamente, "cuerpo deliberante". La vieja Duma imperial, que, bajo una forma democratizada, subsistió hasta seis meses después de la primera revolución, murió de muerte natural en septiembre de 1917. La Duma municipal, de la cual se trata en este libro, era el antiguo Consejo municipal reorganizado, y se le llamaba frecuentemente "gobierno municipal autónomo". Elegida por sufragio directo y secreto, si no acertó a mantener el control de las masas durante la revolución bolchevique fue sólo en razón del ocaso general de la influencia de todas las asambleas exclusivamente políticas, frente al poder creciente de las organizaciones basadas en los agolpamientos económicos.

5º Zemstvos

Bajo el régimen zarista, organizaciones medio políticas, medio sociales, con muy escaso poder administrativo, creadas y dirigidas esencialmente por los liberales intelectuales de las clases poseedoras de la tierra. Su función más importante era la educación de los campesinos y el mejoramiento de su condición social. En el curso de la guerra, poco a poco los zemstvos llegaron a tener a su cargo el abastecimiento completo del ejército ruso, así como las compras en el extranjero. Al lado de los soldados desempeñaron un papel comparable al de la Y.M.C.A. norteamericana. Después de la revolución de febrero, se democratizó a los zemstvos, con objeto de hacer de ellos los órganos locales del gobierno de los distritos rurales. Pero, como las Dumas municipales, no pudieron mantenerse al lado de los Soviets.

6° Cooperativas

Eran las sociedades cooperativas de consumo de los obreros y los campesinos, y agrupaban en toda Rusia, antes de la revolución, a muchos millones de miembros. El movimiento cooperativo, fundado por los liberales y los socialistas "moderados", no fué apoyado en un principio por los grupos socialistas revolucionarios, que sólo veían en él un recurso para diferir la verdadera y total entrega a los obreros de los medios de producción y distribución. Después de la revolución de febrero, las cooperativas se desarrollaron rápidamente; bajo la influencia de los socialistas populares, de los mencheviques y de los S.R., se les utilizó hasta la revolución bolchevique como fuerza política conservadora. Sin embargo, fueron las cooperativas las que alimentaron a Rusia después del hundimiento del antiguo edificio económico y de los transportes.

7° Comités del Ejército

Formados en el frente por los soldados para combatir la influencia reaccionaria de los oficiales del antiguo régimen. Cada compañía, regimiento, brigada, división y cuerpo del ejército tenía su comité. Todos estos comités elegían el Comité Central del Ejército que colaboraba con el Estado Mayor. El hundimiento del organismo militar que siguió a la revolución echó sobre los Comités del Ejército la mayor parte del trabajo del Gran Cuartel General y, en algunos casos, incluso el mando de las tropas.

8° Comités de la Flota

Organizaciones correspondientes a la Marina.

COMITÉS CENTRALES

Durante la primavera y el verano de 1917, se reunieron en Petrogrado congresos, extensivos a toda Rusia, de todas las organizaciones: Congreso de los Soviets, de obreros, soldados y campesinos, congresos de los Sindicatos, congresos de los Comités de fábrica, de los Comités del Ejército y de la Flota (sin hablar de los Comités militares especiales), de las Cooperativas, de las

Nacionalidades, etc. Cada una de estas asambleas elegía un Comité Central o un Comité Central Ejecutivo, encargado de defender sus intereses particulares cerca del gobierno. A medida que el Gobierno provisional se fue haciendo más débil, estos Comités Centrales tuvieron que asumir una parte cada vez más considerable del poder administrativo. Los comités más importantes mencionados en este libro son:

Unión de Asociaciones

Durante la revolución de 1905, el profesor Miliukov y otros liberales fundaron asociaciones de miembros de las profesiones liberales, que se agruparon en una organización central llamada Unión de Asociaciones. En aquella época, la Unión de Asociaciones trató de llegar a un acuerdo con la democracia revolucionaria; pero en 1917 se opuso a la rebelión bolchevique y unió a los funcionarios para ir a la huelga contra la autoridad de los Soviets.

Tsik

Comité Central Ejecutivo de los Soviets de Diputados obreros y soldados, llamado así de acuerdo con sus iniciales.

Tsentroflot

Comité Central de la Marina.

Vikjel

Comité Central, de toda Rusia, del Sindicato de Ferroviarios, así denominado por sus iniciales.

OTRAS ORGANIZACIONES

Guardias rojas

Trabajadores de las fábricas en armas; las guardias rojas se constituyeron, por vez primera, durante la revolución de 1905 y reaparecieron en las jornadas de febrero de 1917, en las que se necesitaba, una fuerza armada para mantener el orden en la ciudad. Habiendo recibido armas en esta última época, los esfuerzos que por arrebatárselas hizo el Gobierno provisional resultaron inútiles. En cada crisis grave de la revolución se veía aparecer en las calles a las guardias rojas, indisciplinadas, sin entrenamiento militar, pero llenas de ardor revolucionario.

Guardias blancas

Voluntarios burgueses que aparecieron en escena en las últimas fases de la revolución para defender la propiedad privada contra los bolcheviques. En un crecido número, eran estudiantes.

Tekintsy

Eran los famosos soldados de la "División salvaje", compuesta por musulmanes de las tribus del Asia Central y adictos a la persona del general Kornilov. Los Tekinfsy eran conocidos por su obediencia ciega y su salvaje crueldad en el combate.

Batallones de la Muerte o Batallones de choque

Se aplica generalmente el primero de estos nombres al célebre Batallón femenino; pero hubo otros muchos "Batallones de la Muerte", compuestos por hombres. Organizados por Kerenski durante el verano de 1917, tenían como misión contribuir a reforzar la disciplina y el ardor combativo del ejército, dando con ello un ejemplo de heroísmo.

Los Batallones de la Muerte estaban formados, esencialmente, por jóvenes y ardientes patriotas, reclutados, en su mayor parte, entre los hijos de la clase rica.

Unión de oficiales

Organización que incluía a los oficiales reaccionarios y se proponían combatir políticamente el creciente poder de los Comités del Ejército.

Caballeros de San Jorge

La cruz de San Jorge se otorgaba por alguna acción brillante en el campo de batalla. La asociación de los Caballeros de San Jorge tenían principalmente como fin la defensa de la idea militar.

Unión de los Campesinos

En 1905, la Unión de los Campesinos tra una organización campesina revolucionaria. En 1917 representaba el ideal político de los campesinos acomodados y combatía la creciente potencia y los fines revolucionarios de los Soviets de diputados campesinos.

CRONOLOGÍA

Hemos adoptado aquí el calendario occidental, en lugar del antiguo calendario ruso, que llevaba, con respecto a aquél, trece días de retraso.

FUENTES

Para la redacción de este libro he utilizado, como fuentes, gran parte de mis propias notas. Pero he recurrido también a centenares de periódicos rusos muy

diversos, que forman una serie casi completa del período estudiado. Me he servido, asimismo, del diario inglés Russian Daily News y de los dos diarios franceses Journal de Rüssie y Entente. Mucho más útil y precioso me fue, sin embargo, el Bulletin de la Presse, publicado diariamente por la Oficina Francesa de Información en Petrogrado, el cual relata todos los acontecimientos importantes y cita los discursos y los comentarios de la prensa rusa. Poseo una colección casi completa que comprende desde la primavera de 1917 hasta finales de enero de 1918. Poseo, además, casi todas las proclamas, decretos o avisos fijados en los muros de Petrogrado desde mediados de septiembre de 1917 hasta el fin de enero de 1918, los textos oficiales de todos los decretos y órdenes gubernamentales y el texto publicado por el gobierno de los tratados secretos y otros documentos descubiertos en el ministerio de Negocios Exteriores, al ser ocupado por los bolcheviques.

CAPÍTULO I LOS ORÍGENES

Hacia finales de septiembre de 1917, vino a verme en Petrogrado un profesor de sociología extranjero que visitaba Rusia. Algunos intelectuales y hombres de negocios le habían dicho que la revolución estaba declinando. Después de expresar esta opinión en un artículo, se dedicó a recorrer el país, visitando algunas ciudades industriales y «comunidades» campesinas, donde, con gran asombro suyo, creyó percibir que la revolución iba desarrollándose. Corrientemente, escuchaba entre los trabajadores de las ciudades y del campo la consigna de reivindicar «la tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros». Si el profesor hubiese visitado el frente, habría comprobado que el ejército entero no hablaba más que de paz.

El profesor sentía gran desconcierto: se había equivocado. Las dos observaciones eran exactas: las clases poseedoras se hacían cada vez más conservadoras; las masas populares, cada vez más radicales.

Para los intelectuales y los hombres de negocios, la revolución había ido ya bastante lejos y comenzaba a durar demasiado; era tiempo de que todo volviese al orden. Compartían este sentimiento los grupos socialistas «moderados», los *oboronts*[1], los mencheviques recalcitrantes y los socialrevolucionarios, que sostenían al Gobierno provisional de Kerenski.

El 14 de octubre, el órgano oficial de los socialistas «moderados»[2] decía lo siguiente:

El drama de la revolución tiene dos actos: la destrucción del antiguo régimen y la instauración del nuevo. El primer acto ha durado ya bastante. Es hora ya de pasar al segundo y de representarlo también lo más rápidamente posible. Como ha dicho un gran revolucionario: *«Apresurémonos, amigos, a terminar la revolución; aquel que la prolongue demasiado no cosechará los frutos...»*

Pero las masas obreras y los campesinos se resistían obstinados a creer que el primer acto hubiese terminado. En el frente, los Comités del Ejército tenían que luchar constantemente con los oficiales, los cuales no podían habituarse a tratar a sus hombres como a seres humanos. En la retaguardia se perseguía a los comités agrarios elegidos por los campesinos, porque trataban de aplicar los reglamentos oficiales concernientes a la tierra. En las fábricas, los obreros se veían obligados a luchar contra las listas negras y el *lock-out*. [3] Más aún: a los exiliados políticos, que acababan de regresar, se les desterraba de nuevo como «indeseables», y se llegó incluso a perseguir y encarcelar, en sus aldeas, a hombres que habían regresado del extranjero, por actos revolucionarios cometidos en 1905.

Para todas las manifestaciones de descontento del pueblo, los socialistas «moderados» sólo tenían una respuesta: *«Esperad a la Asamblea Constituyente, que se reunirá en diciembre»* Esto no satisfacía a las masas. Lo de la Constituyente estaba bien, pero ¿olvidábanse los fines concretos por los cuales se había hecho la revolución y se pudrían sus mártires en el Campo de

Marte? Con Asamblea Constituyente o sin ella, lo que se necesitaba era la paz, la tierra y el control obrero de la industria. Muchas veces se había diferido la convocatoria de la Constituyente y acaso se la aplazaría una o dos más: se esperaba que el pueblo acabara por calmarse y modificar sus exigencias. En todo caso, después de ocho meses de revolución, apenas si se vislumbraba tal cosa...

Sin embargo, los soldados trataban de resolver por sí mismos, desertando, la cuestión de la paz. Los campesinos quemaban las casas señoriales y se apoderaban de las grandes propiedades, los obreros sabotaban la industria y se declaraban en huelga... No hay que decir que los industriales, los grandes terratenientes y los oficiales empleaban toda su influencia para impedir cualquier compromiso democrático...

La política del Gobierno provisional oscilaba entre unas reformas ineficaces y una despiadada represión. Un decreto del ministro socialista del Trabajo prohibió reunirse a los comités obreros durante las horas de labor.[4] En el frente se detenía a los «agitadores» de la oposición, se suspendían los periódicos de izquierda y se castigaba con la pena de muerte a los propagandistas revolucionarios. Se hicieron algunos intentos para desarmar a las guardias rojas. Se envió a los cosacos a las provincias para mantener el orden...

Estas medidas contaban con la aprobación de los socialistas «moderados» y de sus jefes, que formaban parte del gobierno y que estimaban necesaria la colaboración con las clases poseedoras. El pueblo los abandonó pronto, para pasarse al lado de los bolcheviques, cuyo programa era la paz, la tierra, el control de la industria y un gobierno obrero. El conflicto se agravó en septiembre de 1917. Contra el sentimiento de la inmensa mayoría del país, Kerenski y los socialistas «moderados» consiguieron formar un gobierno de coalición con las clases poseedoras: el resultado fue que los mencheviques y los socialrevolucionarios perdieron para siempre la confianza del pueblo.

Un artículo del *Rabotchi Put* («El Camino Obrero»), aparecido hacia mediados de octubre y titulado «Los ministros socialistas», expresaba claramente el sentimiento de las masas populares respecto de los socialistas «moderados»:

He aquí la lista de sus servicios:[5]

Tseretelli: Desarmó a los obreros con la ayuda del general Polovsev, degolló a los soldados revolucionarios e introdujo la pena de muerte en el ejército.

Skobelev: Comenzó con una veleidad, tasando en el 100 por ciento los beneficios de los capitalistas, y acabó... por un intento de disolución de los comités obreros de las fábricas y de los talleres.

Avxentiev: Encarceló a muchos centenares de campesinos, miembros de los comités agrarios, y suprimió docenas de periódicos de los obreros y los soldados.

Tchernov: Firmó el manifiesto zarista ordenando la disolución de la Dieta finlandesa.

Savinkov: Se alió con el general Kornilov y, si no entró en Petrogrado como «salvador de la patria», fue sólo por una serie de circunstancias ajenas a su voluntad.

Zarudni: Encarceló, con la aprobación de Alexinski y Kerenski, a millares de obreros, soldados y marineros revolucionarios, y ayudó a fraguar el «asunto» de los bolcheviques, tan infamante para la justicia rusa como el asunto Beilis.

Nikitin: Se comportó, frente a los ferroviarios, como un vulgar polizone.

Kerenski: Mejor es no hablar de él; la lista de sus servicios es demasiado larga...

Un congreso de los delegados de la Flota del Báltico, celebrado en Helsingfors, votó una resolución que comenzaba así:

Exigimos que se expulse inmediatamente del gobierno al «socialista» Kerenski, aventurero político, que, con sus vergonzosos chantajes en beneficio de la burguesía, desacredita y hunde la gran revolución y, con ella, a las masas revolucionarias...

Todo esto no podía sino acrecentar la popularidad de los bolcheviques.

Desde febrero de 1917, en que la multitud de obreros y soldados que venía como un mar embravecido a azotar contra los muros del Palacio de Táuride había obligado a la Duma imperial a asumir contra su gusto el poder supremo, fueron las masas populares, obreros, soldados y campesinos, las que imprimieron todos estos cambios ----- la dirección de la revolución. Fueron también ellas quienes derribaron al ministro Miliukov, y fue su Soviet quien lanzó al mundo los términos de la paz rusa: ni anexiones ni indemnizaciones: derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Y en julio, fue el proletariado quien, en una sublevación espontánea, tomó el Palacio de Táuride y exigió que los Soviets asumieran el gobierno de Rusia.

Los bolcheviques[6] que entonces no eran más que un pequeño grupo político, se pusieron a la cabeza del movimiento. Fracasó éste, de manera desastrosa, y la opinión pública se volvió contra ellos. Sus tropas, desprovistas de jefes, se acogieron al barrio de Vyborg, el Falbourg Saint-Antoine petersburgués. Comenzó entonces la caza despiadada de bolcheviques. Se encarceló a varios centenares, entre ellos, Trotsky, Alejandra Kollontai y Kaménev. Lenin y Zinoviev tuvieron que esconderse para escapar a la justicia. Quedaron suspendidos los periódicos del partido. Provocadores y reaccionarios acusaron a los bolcheviques de ser agentes de Alemania, y tanto insistieron en ello, que el mundo entero acabó por creerlos.

Pero el Gobierno provisional se vio en la imposibilidad de fundamentar sus acusaciones. Se reveló que los documentos que habían de probar la

inteligencia con Alemania eran falsos.[7] Los bolcheviques, uno por uno, fueron puestos en libertad sin sentencia, bajo fianza ficticia o simplemente sin fianza, con excepción de seis de ellos.

La impotencia y, la indecisión de este gobierno en perpetuo reajuste proporcionaba a los bolcheviques un argumento irrefutable. No tardaron, pues, de nuevo, en hacer resonar entre las masas su grito de guerra: «¡Todo el poder a los Soviets!» Y realmente no era la ambición personal la que los impulsaba, ya que, por entonces, la mayoría de los Soviets pertenecía a los socialistas «moderados», enemigos suyos encarnizados.

En seguida lanzaron su programa de acción: satisfacer las reivindicaciones más elementales y evidentes de los obreros, soldados y campesinos. De esta manera, mientras los mencheviques recalcitrantes y los socialrevolucionarios se enredaban en compromisos con la burguesía, los bolcheviques conquistaron rápidamente las masas. Acosados y despreciados en julio, habían ganado en septiembre, casi completamente, para su causa, a los obreros de la capital, los marinos del Báltico y los soldados. En las grandes ciudades,[8] las elecciones municipales de septiembre fueron, a este respecto, muy significativas: los mencheviques y los socialrevolucionarios sólo consiguieron el 18 por ciento de los puestos, contra más del 70 por ciento en junio...

Un hecho ha preocupado a los observadores extranjeros: la oposición extremadamente violenta que el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, los Comités Centrales del Ejército y de la Flota[9] y algunos Comités Centrales de Sindicatos, concretamente el de Comunicaciones y el de los Ferroviarios, hacían a los bolcheviques. Ahora bien, estos Comités Centrales habían sido elegidos hacia mediados del verano o incluso antes, cuando los mencheviques y los S.R. contaban con innumerables partidarios, y retardaron o impidieron nuevas elecciones, que habrían modificado su constitución. Según los estatutos de los Soviets de Diputados obreros y soldados, el Congreso debería reunirse en septiembre, pero el *Tsik* no quiso convocarlo, pretextando que la Constituyente iba a reunirse dos meses más tarde y que en esa época los Soviets deberían entregar sus poderes. Mientras tanto, los bolcheviques ganaban cada día terreno en todo el país, en los Soviets locales, en los sindicatos y entre los soldados y marineros. Los Soviets campesinos seguían siendo todavía conservadores porque en los distritos rurales atrasados, la conciencia política se desarrollaba lentamente y, durante toda una generación, sólo el partido S.R. había hecho propaganda en el campo. Pero, incluso entre los campesinos, se estaba formando una fracción revolucionaria. Tal cosa se hizo visible en octubre, cuando el ala izquierda de los S.R. se separó para formar un nuevo grupo: los socialrevolucionarios de izquierda.

Paralelamente, podían observarse no pocos síntomas de que la reacción iba recobrando su confianza.[10] Así por ejemplo, en el teatro estaba Trotsky, de Petrogrado, cuando un grupo de monárquicos interrumpió la representación de una comedia titulada *Los crímenes del zar* y amenazó con linchar a los actores por «insulto al soberano». Ciertos periódicos pedían a voces un «Napoleón ruso». Los intelectuales burgueses jamás llamaban a los diputados de los

Soviets obreros (*robotchie deputaty*) otra cosa que «perros diputados» (*sobatchie depuiaty*).

El 15 de octubre me entrevisté con el gran capitalista Stepan Gueorguievitch Lianosov, el «Rockefeller» ruso, kadete por sus opiniones políticas.

—La revolución —me dijo— es una enfermedad. Más pronto o más tarde, tendrán que intervenir las potencias extranjeras, como se interviene a un niño enfermo para curarlo o ayudarlo a caminar. Evidentemente, no será éste el mejor remedio quizá, pero hay que comprender que las naciones no pueden permanecer indiferentes ante el peligro bolchevique y la propagación de ideas tan contagiosas como la de la «dictadura del proletariado» o la de la «revolución mundial»... Hay una sola posibilidad de que esta intervención no se haga inevitable. En lo« transportes reina la desorganización, cierran las fábricas y los alemanes avanzan: acaso el hambre y la derrota devuelvan al pueblo ruso la razón...

Con particular energía me expresó el señor Lianosov su convicción de que jamás los comerciantes e industriales, ocurriera lo que ocurriese, transigirían con la existencia de los Comités de fábricas ni concederían a los obreros participación en la dirección de las industrias.

—En cuanto a los bolcheviques, no hay más que dos maneras de salir adelante: evacuar Petrogrado y declarar el estado de sitio, para que el mando militar pueda desembarazarnos de estos señores, sin necesidad de inquietarse por la legalidad... *o bien, segunda alternativa, dispersar por la fuerza armada la Asamblea Constituyente si manifiesta las menores tendencias utópicas.*

El invierno, el terrible invierno ruso, se aproximaba. Yo había oído decir a los hombres de negocios: *«El invierno ha sido siempre el mejor amigo de Rusia. Acaso sea él quien nos libre de la revolución»*. En el frente, helado, los miserables ejércitos seguían padeciendo hambre y muriendo sin entusiasmo. El material rodante se deterioraba, disminuían los víveres, cerraban las fábricas. Las masas, desesperadas, proclamaban que la burguesía estaba a punto de sabotear la causa del pueblo, provocando la derrota en el frente. Riga había sido abandonada después de que Kornilov hubo declarado públicamente: *«¿Deberemos sacrificar Riga para que el país retorne el sentido del deber?»*[11]

Para los norteamericanos, es inconcebible que la guerra de clases alcance tales extremismos. Sin embargo, en el frente Norte he conocido oficiales que preferían abiertamente el desastre militar a la colaboración con los comités de soldados. El secretario de la sección de Petrogrado del partido kadete me declaró que el hundimiento económico formaba parte de una campaña destinada a desacreditar la revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre he prometido callar, me confirmó el hecho. Sé también que cerca de Jarkov, los propietarios de unas minas las incendiaron e inundaron; que en Moscú, ingenieros textiles, antes de abandonar las fábricas, inutilizaron las máquinas, y que unos obreros sorprendieron a ciertos funcionarios de los ferrocarriles en flagrante delito de sabotaje a las locomotoras.

Una gran parte de las clases ricas preferían los alemanes a la revolución — incluso 'al Gobierno provisional— y no ocultaba estas preferencias. En la familia rusa con quien yo vivía, a la hora de cenar se conversaba invariablemente sobre la llegada de los alemanes, que traerían «la ley y el orden». Una noche, en casa de un comerciante de Moscú, a la hora del té, pregunté a once personas si preferían a Guillermo o a los bolcheviques. Ganó Guillermo por diez contra uno.

Los especuladores se aprovechaban del desorden general para amasar fortunas que dilapidaban en orgías fantásticas o en pagar a los funcionarios. Acaparaban stocks de víveres o de combustibles y los exportaban clandestinamente a Suecia. Durante los cuatro primeros meses de la revolución, las reservas de víveres de los grandes almacenes municipales de Petrogrado fueron saqueadas casi a la vista de todos, hasta el punto de que la reserva de trigo para dos años resultó casi insuficiente a las necesidades de un mes. Según el informe oficial del último ministro de Abastecimientos del Gobierno provisional, el café se compraba al por mayor en Vladivostok a dos rublos la libra, y el consumidor lo pagaba a trece en Petrogrado. En todos los almacenes de las grandes ciudades había toneladas de víveres y de ropas; pero sólo los /icos podían comprarlos.

En una ciudad de provincia conocí a una familia de comerciantes, cuyos miembros se habían hecho especuladores *merodeadores*, como los llaman los rusos—. Los tres hijos se habían librado del servicio militar, mediante el soborno. Uno especulaba con víveres, otro vendía ilícitamente a misteriosos clientes de Finlandia el oro de las minas del Lena, y el tercero, que había adquirido grandes intereses en una fábrica de chocolate que aprovisionaba a las cooperativas locales, no las abastecía sino con la condición de que le entregasen todo lo que necesitara. De este modo, en tanto el pueblo sólo recibía, con la cartilla, un cuarto de libra de pan negro, él disponía en abundancia de pan blanco, azúcar, té, pasteles y manteca. Y cuando los soldados, consumidos por el frío y el hambre, no podían sostenerse en el frente, había que escuchar con qué indignación vociferaba esta familia contra los «cobardes», asegurando que sentía «vergüenza de ser rusa» y llamando «bandidos» a los bolcheviques porque le requisaban grandes stocks de provisiones acaparados por ella.

Bajo esta podredumbre exterior, las fuerzas secretas del antiguo régimen, que habían sobrevivido a la caída de Nicolás II, proseguían su intenso y misterioso trabajo. Los agentes de la famosa *Ojrana* seguían funcionando, por o contra el zar, por o contra Kerenski, a sueldo de quien les pagase. En la sombra, diferentes clases de organizaciones subterráneas, como las «Centurias Negras», se dedicaban activamente a preparar el triunfo de la reacción, de una u otra forma.

En esta atmósfera de corrupción y de monstruosas verdades a medias, sólo se oía una nota clara, el llamamiento de los bolcheviques, más penetrante cada día: «*¡Todo el poder a los Soviets! ¡Todo el poder a los representantes directos de millones de obreros, soldados y campesinos! ¡Tierra y pan! ¡Que acabe la*

guerra insensata! ¡Abajo la diplomacia secreta, la especulación y la traición! ¡La revolución está en peligro, y con ella la causa de todos los pueblos!».

La lucha entre el proletariado y la burguesía, entre los Soviets y el gobierno, comenzada en los primeros días de febrero, iba a alcanzar su punto culminante. Rusia, que acababa de pasar, de un salto, de la Edad Media al siglo XX, ofrecía al mundo estremecido el espectáculo de dos revoluciones: la revolución política y la revolución social, trabadas en una lucha a muerte.

¡Qué vitalidad la de esta revolución rusa, después de tantos meses de hambre y de decepciones! La burguesía debería haber conocido mejor a *su* Rusia: sopeñas se veía por ninguna parte aquella «lasitud de la revolución», de la cual se complacía en hablar.

Cuando se echa una mirada atrás, la Rusia anterior a octubre parece pertenecer a otra edad, se la ve increíblemente conservadora. ¡Nos hemos adaptado tan pronto al nuevo y más rápido curso de la vida! Toda la política rusa se inclinó tan violentamente a la izquierda, que a los kadetes se les puso fuera de la ley, como «enemigos del pueblo», a Kerenski se le consideró como «n «contrarrevolucionario»; los jefes socialistas moderados, Tseretelli, Dan, Lieber, Gotz y Avxentiev, parecieron demasiado reaccionarios a los ojos de sus mismos partidarios, y hombres como Tchernov o incluso Máximo Gorki se vieron empujados al ala derecha.

Hacia mediados de diciembre de 1917, algunos jefes socialrevolucionarios visitaron en grupo al embajador británico, sir George Buchanan, al cual le suplicaron que no hiciese declaraciones sobre esta visita, por estar considerados como muy derechistas.

—¡Cuando pienso —comentó sir George— que hace un año mi gobierno me ordenaba no recibir a Miliukov, porque era peligrosamente izquierdista!

Septiembre y octubre son los dos peores meses del año, sobre todo en Petrogrado. Durante sus cortos días, bajo un cielo gris y pesado, la lluvia chorreaba interminablemente, empapándolo todo. Había que caminar sobre un lodo espeso, resbaladizo, viscoso, con huellas de pesadas botas, peor aún que el que se formaba de ordinario, por el mal estado de los servicios municipales. Del golfo de Finlandia soplaban un viento húmedo y cortante, y por las calles rodaban masas de niebla helada. De noche, por economía y por temor a los zepelines, sólo a grandes trechos se encendían los faroles públicos. En las casas particulares no había electricidad más que desde las seis a las doce de la noche. Cada bujía costaba casi un dólar, y el petróleo escaseaba mucho. La noche duraba desde las tres de la tarde a las diez de la mañana. Los robos y asaltos se multiplicaban. Los hombres, armados de fusiles, hacían guardia, por turno, en las casas, durante la noche. Así se desarrollaba la vida bajo el Gobierno provisional.

Los víveres iban escaseando de semana en semana. La ración diaria de pan descendió sucesivamente de una libra y media a una libra, después a tres cuartos de libra, y finalmente a 250 y 125 gramos. Al final, hubo una semana

entera sin pan. Se tenía derecho a dos libras de azúcar mensuales, pero era casi imposible encontrarla. Una tableta de chocolate o una libra de caramelos insípidos costaban de siete a diez rublos, más o menos un dólar. Sólo había leche para menos de la mitad de los niños de la ciudad; la mayor parte de los hoteles y de las casas particulares no la veían desde hacía meses. En plena temporada de frutas, las manzanas y las peras se vendían en las esquinas de las calles a poco menos de un rublo cada una.

Para conseguir leche, pan, azúcar o tabaco era preciso hacer cola durante horas bajo la lluvia glacial. Al salir de las reuniones nocturnas, yo he visto formarse estas colas, antes del alba, compuestas, sobre todo, de mujeres, algunas de las cuales llevaban a sus hijos en los brazos. Carlyle, en su *French Revolution*, pinta al pueblo francés como dotado de una particular aptitud para hacer cola. Rusia se había iniciado en esta práctica bajo el reinado de Nicolás el Bendito, desde 1915, y continuó entrenándose en ella, con intermitencias, hasta el estío de 1917. A partir de entonces, la cola fue uno de los actos normales de su vida. Hay que imaginarse a estas gentes mal vestidas, de pie sobre el helado suelo de las calles de Petrogrado, durante jornadas enteras y en medio del invierno ruso. Yo he escuchado en las «colas del pan» la nota áspera y amarga del descontento, brotando a veces de la milagrosa dulzura de estas multitudes rusas.

Naturalmente, los teatros se abrían todas las noches incluso los domingos. Karsavina trabajaba en un nuevo *ballet* en el teatro María: toda Rusia, que enloquece por la danza, corría a verla. Chaliapin cantaba. En el teatro Alejandro se representaba la *Muerte de Iván el Terrible*, con la puesta en escena de Meyerhold. Recuerdo haber visto, en una de estas representaciones, a un alumno de la Escuela de Pajes Imperiales que, después de cada acto, se cuadraba correctamente ante el palco imperial, desierto y despojado de sus águilas... El Krivoie Zerkalo había montado suntuosamente *Reigen*, de Schnitzler.

Las colecciones del Ermitage y de otras galerías habían sido evacuadas a Moscú, pero cada semana se inauguraban exposiciones de pintura. Las mujeres «intelectuales» se apretujaban en las conferencias sobre arte, literatura y filosofía mundana. La temporada fue particularmente rica en teósofos. El Ejército de Salvación, permitido en Rusia por vez primera, cubría los muros con los anuncios de sus reuniones evangélicas, que entretenían y asombraban a los auditorios rusos.

Como ocurre siempre en semejantes períodos, la pequeña vida convencional continuaba su curso, ignorando lo más posible la revolución. Los poetas componían versos, pero no a la revolución. Los pintores realistas pintaban escenas de la Rusia medieval, todo menos la revolución. Seguían llegando a la capital señoritas de provincias para aprender francés y educar su voz. Jóvenes y elegantes oficiales paseaban en el *hall* de los hoteles sus *bachlyks* carmesí bordados de oro y sus sables caucasianos ricamente nielados. Las mujeres de los funcionarios se reunían por las tardes a tomar el té, llevando cada una en su manguito una cajita con azúcar, de oro o plata, ornada de brillantes, y media hogaza de pan. Estas damas suspiraban por la vuelta del zar, por la llegada de

los alemanes y, en fin, por todo aquello que pudiera resolver la crisis del servicio doméstico. La hija de un amigo mío sufrió un día un ataque de histeria, porque la cobradora de un tranvía la había llamado «camarada».

La gran Rusia daba a luz, con dolor, un mundo nuevo. Las criadas, a quienes antes se trataba como a bestias y apenas se les *pagaba*, estaban emancipándose. Como entonces un par de zapatos costaba cien rublos y los sueldos eran alrededor de treinta y cinco mensuales, se negaban a llevar zapatos cuando tenían que ir a la cola. En esta nueva Rusia, todos los hombres y todas las mujeres tenían voto; la clase obrera poseía sus diarios, en los cuales se publicaban cosas desusadas y sorprendentes; y además existían los Soviets y los sindicatos. Los mismos *izvoztchiks* (cocheros) tenían su sindicato y estaban representados en el Soviet de Petrogrado. Los camareros de los hoteles y restaurantes estaban también organizados y se negaban a recibir propinas. En las paredes de los restaurantes había inscripciones como ésta: «No se admiten propinas». Como esta otra: «*Porque un hombre esté obligado a ganarse la vida sirviendo a otros en la mesa, no es necesario insultarlo ofreciéndole una propina*»

En el frente, los soldados continuaban su lucha contra los oficiales y aprendían en los comités a gobernarse a sí mismos. En los talleres, esas incomparables organizaciones que son los Comités de fábrica adquirían experiencia y fuerza y tomaban conciencia de su misión histórica de lucha contra el antiguo orden de cosas.[12] Rusia entera aprendía a leer: leía asuntos de política, de economía, de historia, porque el pueblo tenía necesidad de saber. En cada ciudad, casi en cada aldea, en el frente, cada fracción política tenía su periódico y, a veces, muchos. Millares de organizaciones distribuían centenares de miles de folletos, inundando los ejércitos, las aldeas, las fábricas, las calles. La sed de instrucción, tan largo tiempo refrenada, se convirtió con la revolución en un verdadero delirio. Sólo del Instituto Smolny salieron cada día, durante los seis primeros meses, toneladas de literatura, que, ya en carros, ya en vagones, iban a saturar el país. Rusia absorbía, insaciable, como la arena caliente absorbe el agua. Y no grotescas novelas, historia falsificada, religión diluida o esa literatura barata que pervierte, sino teorías económicas y sociales, filosofía, las obras de Tolstoi, de Gogol, de Gorki.

¡Y qué papel jugaba la palabra! Los «torrentes de elocuencia» de que habla Carlyle a propósito de Francia eran una bagatela al lado de las conferencias, de los debates, de los discursos que se pronunciaban en los teatros, en los circos, en las escuelas, en los clubs, en las salas de reunión de los Soviets, en los locales de los sindicatos, en los cuarteles. Se celebraban mítines en las trincheras, en las plazas de las aldeas, en las fábricas. ¡Qué admirable espectáculo el de los cuarenta mil obreros de Putilov acudiendo a escuchar a oradores socialdemócratas, socialrevolucionarios, anarquistas y otros, igualmente atentos a todos ellos e indiferentes a la duración de los discursos! En Petrogrado y en toda Rusia, la esquina de cada calle fue, durante meses, una tribuna pública. En los trenes, en los tranvías, en todas partes brotaba de improviso la discusión.

En innumerables congresos y conferencias se mezclaban y confundían hombres de dos continentes: los congresos de los Soviets, de las cooperativas, de los zemtvos, de las nacionalidades; los congresos de los sacerdotes, de los campesinos, de los partidos políticos; la Conferencia democrática de Petrogrado, la Conferencia nacional de Moscú, el Consejo de la República rusa. En Petrogrado tenían lugar siempre tres o cuatro congresos a la vez. En todas las reuniones se rechazaba, por lo regular, la proposición de limitar el tiempo a los oradores; cada uno podía expresar libremente su pensamiento...

Visitamos el frente del 12º ejército, detrás de Riga. Pálidos, descalzos, los hombres se consumían sobre el lodo eterno de las trincheras. Enderezándose a nuestro lado, los rostros contraídos, la piel azulada por el frío asomando por entre los desgarrones de la ropa, nos preguntaron ávidamente: «¿Ha traído usted alguna cosa para leer?»

Miles de signos aparentes denunciaban el cambio: la estatua de Catalina la Grande, delante del teatro Alejandro, llevaba en la mano una banderita roja; otras banderas rojas, desgarradas, flotaban en todos los edificios públicos, y el monograma imperial y las águilas habían sido arrancados o tapados. Se sustituyó al terrible *gorodovoi* (guardia de orden público) por una milicia benévola, que patrullaba sin armas por las calles. Sin embargo, aún subsistían muchos anacronismos.

Por ejemplo, el *Tabel* o *rangakh* —el cuadro de las jerarquías y de las clases— que con mano de hierro había impuesto a Rusia, Pedro el Grande, continuaba en vigor. Casi todo el mundo, desde el colegio, vestía el uniforme reglamentario, con las insignias del emperador en los botones y las charreteras. Hacia las cinco de la tarde, se llenaban las calles de viejos señores de uniforme, la cartera bajo el brazo, el aire sumiso, que volvían de trabajar en aquellos inmensos ministerios y edificios públicos con apariencia de cuarteles, calculando cuántas defunciones entre sus superiores tendrían aún que producirse para alcanzar el *tchin* (el grado) codiciado de asesor de colegio o de consejero privado, con una comfortable jubilación y acaso la cruz de Santa Ana.

Se cuenta que al senador Sokolov, que, vistiendo de civil, trataba de asistir a una sesión del Senado, en plena revolución, no se le permitió la entrada por no llevar la casaca reglamentaria de los servidores del zar.

Tal era el fondo —un país en estado de descomposición y en plena fermentación— sobre el que iba a desarrollarse la gran insurrección de las masas rusas...

Notas

1. Partidarios de la guerra hasta el fin: *oborontsi*; literalmente, *defensores*. Nombre dado a todos los grupos socialistas «moderados», porque consentían

continuar la guerra hasta el fin bajo la dirección de los Aliados, bajo el pretexto de que se trataba de una guerra de defensa nacional.

2. J. Reed alude al periódico *Izvestia del Tsík* («Las Noticias del Tsík»), que estaba entonces en manos de los mencheviques y de los S.R. (*Nota de la Edit.*)

3. Las siguientes cifras fueron compiladas en octubre de 1917 por una comisión compuesta por representantes de la Cámara de Comercio de Moscú y de la sección moscovita del ministerio del Trabajo, y se publicaron el 26 de octubre de 1917 en la *Novaia Jizn*:

Salario por días en Rublos y Kopecs

	<u>Julio 1914</u>	<u>Julio 1916</u>	<u>Agosto 1917</u>
Carpintero,	1,60	— 24	— 68,50
ebanista....	1,30	— 1,50 3	— 3,50 8
Peón	1,70	— 2,35 4	— 68
Albañil, yesero	1,80	— 2,20 3	— 5,50 8,50
Pintor, tapicero	1	— 2,25 5	— 57,50
Forjador	1,50	— 24	— 5,50 9
Deshollinador	1 — 1,50	3,50	— 68
Cerrajero		2,50 — 4,50	
Jornalero			

Contrariamente a muchas afirmaciones, según las cuales los salarios fueron aumentados en enorme proporciones inmediatamente después de la revolución de febrero de 1917, se ve por estas cifras, publicadas por el ministerio del Trabajo como válidas para toda Rusia, que los salarios no aumentaron bruscamente después de la revolución, sino que lo hicieron gradualmente. Por término medio, el aumento escasamente llegó a rebasar el 500%.

Paralelamente el rublo descendió a menos de una tercera parte de su valor y el costo de la vida aumentó considerablemente.

El siguiente cuadro fue establecido por la Duma municipal de Moscú, donde los víveres eran más baratos y abundaban más que en Petrogrado:

Precio en Rublos y Kopecs

	<u>Agosto 1914</u>	<u>Agosto 1917</u>	<u>% Aumento</u>
Pan negro (<i>libra de 410 g.</i>)	0,02	0,12	330
Pan blanco (<i>libra de 410 g.</i>)	0,05	0,20	300
Carne de res (<i>libra de 410 g.</i>)	0,22	1,10	400
Carne de ternera (<i>libra de 410 g.</i>)	0,26	2,15	727

Carne de cerdo (<i>libra de 410 g.</i>)	0,23	2	770
Arenque (<i>libra de 410 g.</i>)	0,06	0,52	767
Queso (<i>libra de 410 g.</i>)	0,40	3,50	754
Mantequilla (<i>libra de 410 g.</i>)	0,48	3,20	557
Huevos (<i>docena</i>)	0,30	1,60	443
Leche (<i>botella de 1 l. 229 el.</i>)	0,07	0,40	471

Por término medio, el aumento de precios de los géneros alimenticios alcanzó el 556%, o sea el 51% más que el de los salarios.

En cuanto al precio de los otros artículos, experimentó un alza tremenda.

He aquí una estadística levantada por la sección económica del, Soviet de los Diputados obreros de Moscú y aceptada como exacta por el ministerio de Suministros del Gobierno provisional:

Precio en Rublos y Kopecs

	<u>Agosto 1914</u>	<u>Agosto 1917</u>	<u>% Aumento</u>
Indiana (<i>la arshina, 0,711 mt.</i>)	0,11	1,40	1173
Tela de algodón (<i>la arshina</i>)	0,15	2	1233
Telas para vestido (<i>la arshina</i>)	2	40	1900
Paño (<i>la arshina</i>)	6	80	1233
Calzado para hombre (<i>par</i>)	12	144	1097
Cuero para suelas	20	400	1900
Zapatos de goma (<i>par</i>)	2,50	15	500
Ropa de hombre (<i>traje</i>)	40	400 – 455	900 – 1109
Té (<i>la libra</i>)	4,50	18	300
Cerillos (<i>la caja</i>)	0,10	0,50	400
Jabón (<i>el pud, 16 kg. 375</i>)	4,50	40	780
Gasolina (<i>el cubo, 12 l. 13</i>)	1,70	11	547
Velas (<i>el pud</i>)	8,50	100	1076
Caramelos (<i>la libra</i>)	0,30	4,50	1400
Leña (<i>la carga</i>)	10	120	1100
Carbón vegetal	0,80	13	1525
Objetos metálicos diversos	1	20	1900

Por término medio, el alza de estos productos alcanzó 1.109% aproximadamente, o sea más del doble del aumento de los salarios.

La diferencia, naturalmente, iba a parar a los bolsillos de los especuladores y traficantes.

En septiembre de 1917, el salario medio por día de un obrero industrial especializado, por ejemplo, en el trabajo metalúrgico de la factoría Putilov, era de 8 rublos aproximadamente. Por los mismos días, los beneficios eran enormes. Uno de los propietarios de la fábrica de lanas «Thornton», establecimiento inglés de los suburbios de Ptrogrado, me contó que sus beneficios habían aumentado al 900% en tanto que los salarios en sus fábricas no habían subido más que el 300%.

4. Una de las circulares «limitadoras» de Skobelev, del 28 de agosto de 1917.

5. La historia de los esfuerzos hechos por los miembros socialistas del Gobierno provisional de julio para llevar a cabo su programa en colaboración con los ministros burgueses, es un ejemplo ilustrado de la lucha de clases en el terreno político. Lenin escribió, a este propósito:

«Los capitalistas... viendo que la situación del gobierno era insostenible, recurrieron a un procedimiento del que han venido haciendo uso durante decenas de años, desde 1848, los capitalistas de otros países, con el fin de desconcertar dividir y debilitar a los obreros. Este procedimiento consiste en formar un ministerio llamado de 'coalición', es decir, que reúne a representantes de la burguesía y tráfugas del socialismo.

En los países donde la libertad y la democracia han coexistido durante más tiempo que en ninguna otra parte con el movimiento obrero revolucionario, en Inglaterra y Francia, los capitalistas han empleado muchas veces este método con gran éxito. Los jefes 'socialistas' integrantes de un ministerio burgués no tardaron en revelarse como hombres de paja, marionetas, que hacían de escudo para los capitalistas y de instrumento de engaño para los trabajadores. Los capitalistas 'demócratas y republicanos' de Rusia han recurrido al mismo procedimiento. Socialrevolucionarios y mencheviques se dejan engañar 'en seguida y, el 6 de mayo, era un hecho consumado el ministerio de 'coalición' formado por Chernov, Tseretelli y Cía.»

6. J. Reed emplea aquí la palabra «secta» para subrayar que inmediatamente después de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917 el partido de los bolcheviques, que acababa de salir de la clandestinidad, era relativamente poco numeroso.

7. Una parte de los famosos Documentos Sisson (J. Reed). Sisson: Periodista norteamericano reaccionario; publicó en los Estados Unidos una serie de falsedades para desacreditar a los dirigentes bolcheviques. (*N. de la Edit.*)

8. En la primera semana de octubre de 1917, la *Novaia Jizn* publicó el siguiente cuadro comparativo de los resultados de las elecciones, señalando que significaban la bancarrota de la política de coalición con las clases poseedoras. «*Si aún es posible evitar la guerra civil, lo será solamente mediante el frente único de toda la democracia revolucionaria...*»

Elecciones a las Dumas (central y distrital) de Moscú

	<u>junio 1917</u>	<u>septiembre 1917</u>
Socialrevolucionarios	58	14
Kadetes	17	30
Mencheviques	12	4
Bolcheviques	11	47

9. Ver las «Notas preliminares» (J. Reed).

10. Crece la insolencia de los reaccionarios. 18 de septiembre.—El kadete Shulguin escribe en un periódico de Kiev que el Gobierno provisional, al declarar a Rusia una república, cometió un grave abuso de poder: *«Nosotros no podemos admitir una república, ni el presente gobierno republicano... No estamos del todo seguros de que Rusia quiera la república...»*

23 de octubre.—Durante un mitin del partido kadete en Riazán, el señor Dujorñin declaró: *«El 19 de marzo debemos instaurar una monarquía constitucional. No tenemos derecho a rechazar al heredero legítimo del trono, Mijail Alexandrovich.»*

27 (14) de octubre.—Resolución adoptada por la conferencia de «Fuerzas vivas» en Moscú:

«La conferencia de Fuerzas vivas de Moscú encarga a sus miembros representantes en el Consejo provisional del Estado ruso que insistan cerca del Gobierno provisional para la inmediata aplicación de los siguientes principios dentro del ejército:

«Prohibición de toda propaganda política en el ejército y proclama en la que se mantenga que el ejército es ajeno a los partidos y a las influencias políticas.

«La propaganda de las ideas antiestatales y antinacionales, así como las doctrinas que nieguen la necesidad del propio ejército y de la disciplina militar, debe ser prohibida y severamente reprimida.

«Reconociendo que la existencia de los comités es, por principio, contraria a los reglamentos militares, lo que está confirmado por la experiencia de todos los ejércitos del mundo, se debe tolerar provisionalmente su existencia a condición de que limiten su actividad a los asuntos exclusivamente económicos y alimenticios, debiendo someterse todas las decisiones al mando de la unidad a la que pertenezca este comité y no aplicarse antes de esta ratificación. En caso de desacuerdo del comandante de la unidad con las decisiones, la discrepancia será zanjada definitivamente por el superior jerárquico directo.

«En caso de violación manifiesta por el comité de sus derechos y deberes, el jefe inmediato, que goce de derechos equivalentes a los del comandante de la unidad, tendrá derecho a disolver el comité y convocar a nuevas elecciones.»

«Restablecimiento inmediato del saludo militar, tanto del saludo recíproco entre oficiales de la misma graduación como del de los oficiales de graduación inferior a los oficiales de rango superior.»

«Restablecimiento del poder disciplinario de los oficiales en todos los grados dentro de límites determinados con precisión y estableciendo una rigurosa responsabilidad. En caso de abuso de poder, garantizar a los subalternos todas las posibilidades de presentar quejas por violación de sus derechos por parte de un superior.»

«Protección efectiva de todos los derechos civiles de los oficiales y organizaciones de oficiales contra todo ataque.»

«Considerar inadmisibles cualquier vigilancia, control e investigación política, practicada en la actualidad por los comisarios y las organizaciones militares.»

«Institución de un ascenso progresivo para los oficiales, según sus méritos militares y hojas de servicio y las apreciaciones que emanen exclusivamente de tribunales de oficiales del grado superior inmediato.»

«Deberán ser expulsados del cuerpo de oficiales los elementos que lo deshonran y que participan, en estos últimos tiempos, en los movimientos de masas de los soldados tendientes a la desobediencia y al incumplimiento de su deber, cosa que sólo podrá lograrse mediante el restablecimiento de los tribunales de honor.»

«Restablecimiento de la unión de los oficiales del ejército y la flota en toda su integridad, como institución absolutamente necesaria para el restablecimiento de la capacidad combativa de las fuerzas armadas de Rusia, confiriéndole los derechos de una institución de Estado.»

«Ejecución por el Gobierno provisional de medidas que hagan posible la reintegración al ejército de todos los generales y oficiales injustamente licenciados por la presión de organizaciones irresponsables.»

11. Ver John Reed: *Kornilov to Brest-Litowsk*, Boni and Liveright, Nueva York, 1919 (J. Reed).

12. Ver las «Notas preliminares» (J. Reed). La conferencia de los comités de fábrica de Petrogrado que se celebró del 12 al 16 de junio, apoyó, por aplastante mayoría (las tres cuartas partes de los delegados) a los bolcheviques. (N. de la Edit.)